

La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:
El macartismo global que se avecina

Autor/es:
Montiel, Alejandro

Citar como:
Montiel, A. (2001). El macartismo global que se avecina. La madriguera. (43):79-79.

Documento descargado de:
<http://hdl.handle.net/10251/42009>

Copyright:
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



EL MACARTISMO GLOBAL QUE SE AVECINA

por Alejandro Montiel

"La política, la política de una democracia -que implica desacuerdo, que promueve la sinceridad-, ha sido sustituida por la psicoterapia. Lloremos desde luego juntos. Pero no seamos todos juntos unos estúpidos. Unos cuantos jirones de conciencia histórica podrían ayudarnos a comprender lo que acaba de ocurrir, y lo que puede que siga ocurriendo."

SUSAN SONTAG, septiembre de 2001

Se ha contado innumerables veces; Bogdanovich entre otros muchos. En los años cincuenta, en pleno apogeo macartista -original versión del fascismo adoptada en Estados Unidos- estaban a punto de linchar -metafóricamente- a Joseph L. Mankiewicz, presidente de la Liga de directores. En una decisiva asamblea de cineastas, el grupo de De Mille, que incluía varios adalides del macartismo, había pronunciado cuatro discursos; llevaban todos cuatro horas disputando. ("¿No es una pena lo de Joe Mankiewicz? No sabemos que fuera un rojillo", se oía comentar.) Tras el solemne discurso de De Mille, hubo un gran silencio, y John Ford levantó la mano. Lo siguiente que sucedió se lee en el libro de Bogdanovich, pero en palabras de Mankiewicz:

De modo que Ford se levantó: "Me llamo John Ford -dijo-. Hago películas del oeste". Hizo un elogio de las películas de De Mille y de De Mille como director. "No creo que haya nadie en esta sala -dijo-, que sepa mejor lo que quiere el público estadounidense que Cecil B. De Mille, y desde luego sabe darle lo que quiere". Luego miró directamente a De Mille, que estaba sentado frente a él. "Pero no me gustas C. B. -le dijo-, y no me gusta lo que estás diciendo aquí hoy. Propongo que demos a Joe un voto de confianza y luego nos vayamos a casa a dormir un poco". Y esto fue lo que hicieron.

Supimos a mediados del septiembre pasado que el neomacartismo estadounidense, ya no prevalido del paranoico anticomunismo de antaño, sino, más vaga o eficazmente camuflado con el versátil antiterrorismo de hogaño, se iba a enseñorear a sus anchas en el Planeta.

Había comenzado el verano con el infame asesinato del joven Carlo Giuliani en Génova, perpetrado por un también joven e inexperto policía de Berlusconi (véase la ominosa secuencia de los hechos en el número anterior de *El Viejo Topo*); y finalizó con la inesperada rehabilitación y magnificación del oscuro alcalde de New York Rudolph Giuliani,

que en ocasiones parecía sacado del más gracioso episodio de *El último hurra* (*The Last hurrah*, John Ford, 1958). Y si era evidente sólo anteayer -en julio- que otro mundo (mejor era posible; después del verano de 2001 sólo cabe pensar que hay prebostes empeñados en empeorarlo, propiciando con ahinco un inexorable proceso de *desdemocratización global*. Y eso -¡ajo!- va también *contra* el cine: "O conmigo o contra mí".

Por nuestra parte, en LA MADRIGUERA hemos seguido trabajando durante el mes de septiembre pasado para honrar la memoria de un tranquilo y amable cronista de la pequeña burguesía gala, Claude Sautet (véanse los artículos de nuestros vecinos franceses Martine Joly y Jean Guerreschi, así como el que firman al alimón Joan Busquets y Álex Zárate) y vindicar a los viejos maestros japoneses (sección videoteca, por Salvador Bernabé); hemos continuado nuestro particular debate sobre la *Ideología del film* (con una intervención de Santiago Vila, a raíz del último libro de Jacques Aumont); hemos dado cuenta de los últimos estrenos de Amenábar, Rohmer y Oliveira (críticas de Juan Miguel Company, Francisco Javier Gómez Tarín y Miguel A. Lomillos); y hemos reseñado el libro sobre la comedia norteamericana clásica escrito por Stanley Cavell (reseña de Daniel Sánchez Salas) y el monumental trabajo de Rafael R. Tranche y Vicente Sánchez Biosca sobre aquel NO-DO de mala recordación (véase la reseña del excelente cineasta y crítico Manuel Vidal Estévez).

Ahora bien, a mí, desde este rincón del mundo, mientras confeccionábamos todo esto, me hubiera gustado tener la autoridad de John Ford para poder decirle a ese "Bush recalentado" (Gore Vidal *dixit*), al "presidente robótico" (Susan Sontag *dixit*) de esa agria y urgente asamblea universal que se pasaba a todas horas por televisión, levantándome del sofá con los ademanes de un anciano que hubiera trasegado ingentes cantidades de buen vino y mucho whisky delicioso: "No me gustas B., y no me gusta lo que estás diciendo aquí hoy. Propongo que demos a *John Doe* (*Juan Nadie*) un voto de confianza y luego nos vayamos a casa a dormir un poco."

Y así lo firmo y fecho (por lo que pueda pasar) el 10 de octubre de 2001.

Salud.

